

REPERTORIO

DRAMÁTICO

y Poesías Líricas

DE

D. GABRIEL FERNANDEZ.



ALMERÍA.

IMPRESA DE D. ANTONIO CORDERO,

calle Real, esquina á la de Campanas. núm. 1.

AL/F. 1-6

El

ARREPENTIMIENTO.

DRAMA EN CINCO ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL

de Don Gabriel Fernandez.



ALMERIA.

IMPRESA DE D. ANTONIO CORDERO.

Agosto de 1857.

A mi queridísimo amigo

D. Gaspar Benet.

Todo lo que hace la persona á quien tenemos cariño, nos parece bello: he aquí porque juzgarás de esta humilde produccion favorablemente, y porque recibirás placer en que te la dedique: ¿como no, si nos tenemos un afecto entrañable?

Tuyo

Gabriel.

PERSONAS.

LUIS, *anciano comerciante.*
ANTONIA, *jóven, su esposa.*
VERNER, *cajero.*
EDUARDO, *escribiente.*
TOMAS, *comerciante.*
ARTURO, *conde de la Encina.*
LUCAS, *criado.*
PETRONILA, *anciana ama de llaves.*
EMILIA.
ELISA.
Un notario.
Un arpista.

Gobierno de la provincia de Madrid.—Puede representarse. Madrid 23 de Octubre de 1851.—D. O. de S. E., Valero y Soto.

Es propiedad de su autor.



ACTO PRIMERO.

La escena en un jardín de la casa de don Luis. Rodean los convidados una mesa en donde habrá un juego de café y varias botellas. Al levantarse el telón mostrará Eduardo una copa que acabará de apurar.

ESCENA I.

Luis, Antonia, Emilia, Eloisa, Tomás, Verner, Eduardo y Petronila.

TOM. Bravo!... bravo!

VER. Bien.

EMI. Perfectamente. Las hermosas ganan hoy en Eduardo un dulce poeta.

ELO. (*Bajo á Emilia.*) Que cantará la amorosa pasión que consume á la sensible Antonia por su marido.

EMI. (*Id.*) O por otro, ó por los billetes del banco que llenan la gaveta de don Luis.

LUIS. Gracias, mi buen Eduardo. Aprecio tus elogios como hijos de tu buen corazón.

VER. A usted toca el turno, señor don Tomás, usted no es menos galante que buen amigo.

ELO. (*Bajo á Emilia.*) Si lo fuera tanto como hipócrita, sería el fénix de la amistad.

EMI. Con tal carácter no pierden nada sus fondos.

TOM. Buen amigo! tiene usted razón, y principalmente del

señor don Luis, á quien debo mil favores (*Aparte.*) y á quien espero explotar por mucho tiempo.

LUIS. Prohibo á usted, señor don Tomás, que me hable de beneficios que han sido recíprocos. Me basto con que sepa usted que le estimo cordialmente.

EDU. Al brindis, al brindis. En los dias de mi querido principal, no debe haber otros recuerdos, ni mas pensamientos que para espresarle nuestra alegría. Con que... bomba.

TOM. Mi pobre musa no es cupon negociable, es igual á cero.

ELO. (*Bajo á Emilia.*) Todos sus asuntos se miden por la aritmética. Es su positivismo.

EMI. (*A Eloisa.*) No es lo que olvidamos las mujeres para que nos tenga contentas el tocador. Traslado á la pálida Antoñita.

ELO. (*A Emilia.*) No hay muchas azucenas que se vendan á ese precio.

VER. Vamos, señor don Tomás, la dilacion es pérdida irremparable para los comerciantes.

TOM. Brindaré en prosa, aunque reniegue Cervantes.

EMI. En verso, en verso. No es tan cruel Apolo que haya abandonado á un hombre tan simpático... y amable como usted.

TOM. Pero, señores...

EMI. No se admite defensa. Antoñita, dignese usted, á quien nada se puede negar, unir su demanda á la nuestra.

EDU. Si, si...

ELO. (*A Antonia con ironía.*) Por nosotras, por su queridísimo esposo se lo suplicamos.

ANT. Si el señor don Tomás quiere dispensarnos este obsequio..

EDU. Bomba, bomba.

TOM. ¡Cuando no hacen las señoras que perdamos el juicio? (*Aparte.*) Entonemos una laudatoria..... esto es dinero. (*Improvisa.*)

Si por tu honradez, don Luis,
y por mi afecto leal,
tu vida y la de tu esposa
se hubiera de prolongar,
seguro es que durarias
hasta el juicio final.

EDU. ¡Magnífico!

VER. Admirable!

ANT. Mil gracias, señor don Tomás.

- EMI. (A *Eloisa*.) Cuanto sentiría Antonia tener en su anciano adonis un Matusalen!
- ELO. (Id.) Buen regalo le devolvía el sepulcro.
- EMI. En cambio depositaría en él la esperanza de un dulce y nuevo himeneo.
- VER. (A *don Tomás*.) Ni Quevedo improvisaba mejor.
- EMI. Sublime, señor don Tomás. La prontitud es el menor mérito de su composición.
- ELO. (Con ironía.) Ha satisfecho usted divinamente el anhelo de los consortes.
- ANT. No es fácil, querida amiga, que usted juzgue hasta que extremo, sinó comprendiendo el aprecio y estimación que profeso á mi noble esposo.
- ELO. Mucho gozamos, Antoñita, en ese amor que constituye vuestra felicidad.
- LUIS. A las mil maravillas, compañero don Tomás. Yo no entiendo ni una jota de poesía, pero sé que si usted no es buen poeta, es mi excelente amigo, que vale mas que todos los versos del mundo.
- ELO. (Aparte.) No lo sabes bastante.
- EMI. (A *Eloisa*.) Con él, y con el libertino Verner, no necesita sanguijuelas para atemperar su entusiasmo comercial.
- ELO. El talento privilegiado de Antoñita, no querrá privarnos el gusto de oír en dulce metro, el júbilo que hoy respira. ¿No es justísima mi demanda, señores?
- VER. Delicado pensamiento!
- EDU. Célica inspiración!
- ANT. En efecto: jamás he sido tan feliz como hoy. La salud de mi esposo, el honor que brilla en su frente, la gratitud pública que lo bendice, y el estado apacible de su corazón, me llenan de delicias.
- LUIS. Niña?... niña?... eres muy bondadosa.
- ANT. Si; hoy reasumo en la memoria las puras afecciones que le he consagrado desde hace un año que á él me uniera la suerte para gozar de todo lo generoso y grande del que acogió á una infelice huérfana, como Dios acoje en la otra vida al desgraciado. (*Enternecida*.)
- ELO. (*Bajo á Emilia*.) Para hipocresía es demasiado tierno el lenguaje.
- LUIS. Eres un ángel de virtud, Antonia, ¿Qué valen los tesoros de la tierra comparados con el de tu alma? Dispensadme, señores...

- TOM. Es muy justo vuestro entusiasmo.
EMI. Él reclama, y la satisfaccion de Antoñita, lo que la exigimos.
- VER. Es la suma complacencia, y atenderá á nuestro afán.
ANT. Demasiado conmovida...
ELO. La elocuencia, cuando hay pasion.
LUIS. Yo te ruego que accedas, amiga mia.
TOM. Yo iba á servir de empeño... ya es inútil.
- Antonia hace señas á Petronila: esta se dirige á un grupo de rosales en donde estará oculto un arpista.*
- ANT. Sin dotes para espresar mis sentimientos en este instante, necesita mi emocion un intérprete.
- VER. ¿Quién puede sustituir á V?
EDU. Como no sea que las gracias, vagando por este jardin, quieran con su vocecita mágica, y con su dulcísima lira espresar...
- ANT. Puede que hoy que nada me niega el Señor, hagan este obsequio por mí.
Se oyen preludios de un arpa.
- TOM. Sois toda una delicadísima señora.
ELO. Armida no era tan voluptuosa y encantadora con Reinaldo
LUIS. Es el consuelo de mi vida.
EDU. Silencio, señores: oigamos.
- Se oye la cancion siguiente:*
Oye, don Luis, los acentos
de la tierna gratitud,
que es sentimiento divino
donde mora la virtud.
Tu vida guarda otra vida,
que el cielo á ti consagró,
vela tu sueño, y sonrie
si en tus lábios risa vió.
Y tu frente
serena, augusta ó la par,
corre amorosa á besar
reverente.
Hoy felice,
por tí, la huérfana un dia
que en desamparo yacia,
te bendice.
- VER. Sorpresa seductora!
EDU. Viva! viva! la incógnita poetisa.

- ELO. En todo finísima, apreciable Antoñita.
TOM. Bravo! bravo!
EDU. Esto se llama ser una sirena que fascina: una inimitable Safo.
EMI. Me envanecería con parecerte, bella amiga.
ANT. Suplico á ustedes.
LUIS. Te estoy muy agradecido, amiga de mi corazón. Nunca vuelvas á repetir escenas tan gratas para mi alma, por que á la verdad, hay sensaciones que ahogan con su alegría, y hacen derramar lágrimas (*Enternecido.*) pues... lágrimas. Antonia, tu eres mi gloria en la tierra.
ELO. Que vuestros días sean siempre tan venturosos como este. (*Se levanta y Emilia.*)
EMI. Por luengos años nos reuna san Luis á contemplar nuestro afecto, y á oír las ninfas de este jardín, fieles nuncios de los deseos de mi querida Antoñita.
ANT. Gracias, amigas mías.
TOM. Felicidad perpétua.
LUIS. Basta, señores. Nosotros estamos muy agradecidos. La presencia de ustedes en esta casa nos llena de contento. Buen amigo, compenso con ello las deferencias que les merezco: no hay mas que ordenar en gefe.
EMI. (*Á Antonia.*) A Dios, hermosa. (*Todos en pié para irse.*)
ELO. A Dios.
ANT. Sabéis cuanto os quiero; no olvidadme.
VER. A los piés de usted, señora.
EDU. Dicha eterna.
ANT. Pasadlo bien, amigos míos.

ESCENA II.

Antonia y Petronila.

- ANT. (*Da unas monedas á Petronila para el arpista.*) Petronila, despacha al arpista y dale las gracias en mi nombre.
PET. Voy, señora. (*Se va.*)
ANT. (*Sola.*) Ay! no está la ventura del mortal en el suelo, si lo estuviera yo debiera ser hoy el alma privilegiada. Nuestros mayores goces no son mas que ecos tristes de glorias pasadas, ó de la ansiedad de nuevos deseos. En el santuario del benéfico protector, que consagra sus últimos días á mi bien estar, aparezco tranquila; nada debiera apeteecer estasiada

con su bondad; pero ahora, en este momento, cuando lleva su cariño á la adoracion, la memoria de mis primeros amores viene á torturarme ¿Quién sujeta el pensamiento cuando vaga tan encantador por la mente? oh! y mi razon? y mi virtud? y mi agradecimiento? Huid, sabrosas ideas: nunca, nunca volvais á llenarme de angustia.

ESCENA III.

Dicha y Petronila, que le presenta una rosa.

PET. El arpista se fué muy agradecido. Ved que boton de rosa tan bonito! hoy os debe agradar mas que el lirio.

ANT. Tienes razon, mi buena Petronila.

PET. Y yo tambien estoy contenta por que os quiero como á una hija. Me aflijo tanto cuando os veo pasar los dias tan hacendosa y retirada! ¿porqué vuestras blancas mejillas no tienen siempre el color sonrosado de hoy? porqué no estais siempre alegre? Si yo puedo complaceros en algo, disponed de mí: yo no dormiré por serviros, por...

ANT. En tí me ha concedido Dios una madre: yo se apreciar tu corazon y corresponderé á tu cariño. Nada te inquiete, Petronila, soy bastante afortunada. Vamos á cojer flores que quiero regalar un lindo ramo á mi venerado esposo.

PET. Con fundamento os quiere tanto.

ESCENA IV.

D. Luis y Verner entran cuando van á salir Antonia y Petronila.

LUIS. ¿Te alejas, Antoñita?

ANT. Pronto estaré en vuestra presencia, voy á pasear un rato. (*Se va con Petronila.*)

LUIS. Toma asiento, amigo Verner, tengo que hablarte.

VER. Estoy á vuestras órdenes.

LUIS. Voy á desahogar contigo mi oprimido corazon: es preciso y tu fidelidad lo merece.

VER. Aunque mi conducta para con vos, haya llenado sus atenciones, no puedo espresar el respeto que os tengo. Podeis confiar vuestros pesares á mi alma agradecida.

LUIS. Eres un hombre de bien, amigo mio. Acabas de verme mas placentero que nunca.

VER. A síes, señor:

LUIS. Pues en este mundo, amigo Verner, soy el hombre mas desventurado! Tras de una infancia bendita, tras de tantos años de probidad y de satisfacciones, la mas acerba desgracia me ahoga. Una desgracia que hace correr mi sangre con violencia, que me da una fiebre, que estrecha mis sienas y calcina mi cerebro. . Es inevitable la quiebra de mi casa.

VER. Como, señor... ¿es posible...

LUIS. Si, amigo mio. La casa de Marban en Francia, en donde tenia depositados trescientos mil francos, que era mi patrimonio, ha quebrado, efecto de la revolucion: acaban de noticiarme tan infausta nueva.

VER. Comprendo todo vuestro infortunio. Es un golpe que me llena de dolor (*Aparte.*) y que debo utilizar en mi beneficio. Yo partiré á Francia, y haré que seais el primer acreedor que cobre.

LUIS. Es en vano. Toda la fortuna de Marban ha volado en mano de la revolucion. Oh! no me queda ningun consuelo, Dios mio! En el resto de una vida apacible y laboriosa, cuando descendia en paz al sepulcro con las gratas memorias de mi proceder ¡verme lanzado en el desprecio! en la deshonra, mísero anciano! Una quiebra... ah! tu no sabes lo que esta palabra afrenta! lo que esta palabra quema! Es una garra de hierro que estruja mis entrañas.

VER. Vuestra razon, señor, no os abandone: duscáremos recursos.

LUIS. La razon! ¿puede existir razon donde el dolor absorve todas las facultades del alma? La razon! ¿donde está su poder si nos abandona en el infortunio? que valen las reflexiones mas virtuosas ante el comerciante que me reclamará sus capitales, ante el honrado padre de familia, que me pedirá sus intereses para alimentar á sus hijos? Me llenarán de insultos, me maldecirán, arrojarán su aliento lleno de ira sobre mi calva frente, que tendrá que ocultarse para encubrir sus horribles manchas!... Señor... no me abandoneis.

VER. No, no os abandonará: es demasiado justo para que permita vuestra degradacion. La confianza religiosa no engaña, y vuestra vida sin mancilla descenderá al sepulcro tan ampa como el mármol que la cubra.

LUIS. Es verdad, amigo mio, sigue; tus palabras dulcifican mi sangre, derraman mucho consuelo en mi agitado pecho: dices bien ¿quién en el mundo puede vilipendiar á un anciano

que se ha nutrido con la virtud? Seria un mónstruo: nadie lo creeria...seria un hombre reprobado por Dios! Ilústreme, Verner, en el tormento no se discurre.

VER. Señor, tenéis buenos y poderosos amigos, á quienes habeis hecho felices: ellos responderán á los acentos de vuestra situacion.

LUIS. Amigos!... puede. Yo quiero creer que existen, por que debe haberlos en el mundo, por que es un bálamo para nuestras aflicciones el creerlo, y por que Dios no es cruel para negar este alivio al corazon desgraciado.

VER. Con lo que ellos faciliten, con las negociaciones pendientes y con el capital que tenemos en caja, no hay duda que os salvareis. Dios protegerá nuestros esfuerzos.

LUIS. Si fueran vanos tus deseos, si nadie oyera mis lamentos, si tuviera que declarar la quiebra... palabra infernal! mi honor! mi pobre Antonia!...

VER. No hay que perder instantes... vuestra alma debe tranquilizarse! á escribir.

LUIS. Yo me he dirigido á un amigo, pero hasta unos dias quizá no vendrá: además quiero compartir el sacrificio.

VER. Don Tomás os debe su fortuna: le ofreceis una ocasion que su reconocimiento esperaba.

LUIS. Justamente, tiene nobles sentimientos. Voy á escribirle ahora mismo, tal vez á buscarle. Esperame aquí, Verner; que nadie sepa nuestro estado actual... el secreto es nuestro amparo ;que ni una señal de disgusto note en tu semblante mi buena y queridísima Antonia. A Dios.

VER. Fortaleza, señor, y confianza. (*Se va don Luis.*)

ESCENA V.

Verner solo.

VER. Sacar partido de todo en beneficio propio... he aquí el busilis de la suerte! No hay remedio... la casa de Marban se lleva á la sepultura la de don Luis. El órden de los acontecimientos humanos no produce mas que estas peripecias, que el sentimiento no las detiene. Mis lágrimas no aliviarian la agonía que padece la caja de don Luis, y me harian perder el tiempo en beneficio de sus malparados herederos... Hagamos algo en obsequio del individuo. D. Luis no resiste este trago, que mas envenenan sus caducas creencias de probi-

dad... no es justo que su linda Antoñita, esa jóven encantadora, quede otra vez desgraciada huérfana en el mundo. Necesita amor y ampáro. Yo la inundaré de delicias, y algunos billetes de la desahuciada caja asegurarán nuestro porvenir. Ella se acerca, y sola! que hermosa es! su presencia me abraza.

ESCENA VII.

Antonia y Verner.

ANT. ¿Y mi esposo, Verner?

VER. Acaba de salir á evacuar asuntos del comercio: me ordenó que le esperase aquí, y si á vos no os molesto, cumpliré su mandato,

ANT. Disgustarme! porqué?

VER. Retirada siempre de los goces de la sociedad, creo que os place negar vuestra hermosa presencia á los hombres que nacieron para admirar lo delicado y bello.

ANT. Gracias, Verner. Soy bastante feliz con mi método sencillo de vida, para alterarle por la caprichosa curiosidad.

VER. Caprichosa curiosidad llamais al inefable deleite de contemplar vuestros ojos, que arroban el alma en su espresion indefinible de amor y de ternura?

ANT. Abogais en demasia por sentimientos que ni quiero, ni puedo iaspirar. Os suplico deis otro giro á la conversacion.

VER. Es bastante elevada vuestra alma para negar al corazon humano el mas precioso atributo que le concediera el cielo: la manifestacion de sus dulces afecciones, de su divina admiracion. El Eterno recibe benévolo los cánticos de júbilo que nos arrancan sus obras mas perfectas.

ANT. Reincidis!... Seré hermosa por complaceros ¿y mi decoro, mi alma necesitan que se lo digan? me es preciso para ser dichosa?

VER. He ahí la razon para ser mas compasiva. La desgracia, señora, escita siempre la sensibilidad. Yo que desde que os contemplo en esta casa, á pesar de las atenciones de vuestro esposo, y de las comodidades que os ofrece su posicion, veia en vuestra palidez seductora, en vuestro mágico abatimiento algun padecer del alma, que no os creia tan dichosa como decís, que hubiera vertido mi sangre toda por que lo fuerais...

ANT. Para afecto traspasa los límites vuestro lenguaje, en cu-

yo concepto la digna esposa de don Luis Morfredo, quiere saber con qué motivo fijais la vista en su conducta, y os tomáis la libertad de ofenderla con vuestras palabras.

VER. ¿Con qué títulos, señora, me intereso por vuestra felicidad? con qué títulos? no puedo ya tenerlos en silencio: con los mas poderosos, con los que disponen del alvedrio del hombre... con los del amor.

ANT. Qué habeis dicho, Verner? qué habeis pronunciado? Huid de mi presencia, y libradme de que os maldiga en nombre de los deberes que acabais de ultrajar... habeis torturado mi alma con el desprecio!

VER. Oid, señora, por la última vez: quitadme la vida despues, si os place: pero oidme: yo os lo ruego en nombre de vuestros primeros amores.

ANT. Qué decís?... hablad... no.

VER. Tranquilizaos. Desde que os ví, señora, tan celestial, os entregó Dios las potencias de mi alma, y os hizo árbitra de mi gloria ó de mi infierno... de mi infierno, no... por que á un ángel como vos no es dado despedazar el corazon: no es dado ahogar una pasion tan grande, tan sublime como la mia. Me ha puesto el destino dos veces á vuestro lado... respirando en la misma casa que vos, y mi arcano abrigaba la esperanza de que algun dia pagariais mi cariño eterno. Desgraciada por el amor y la proteccion que dos hombres os han cedido...

ANT. Me insultais sin piedad! de dos hombres...

VER. Si, hermosisima Antonia. Yo os conocí, siendo secretario del conde de la Encina...

ANT. Ah! Dios mio!...

VER. Os suplico encarecidamente que os calmeis. Yo fui testigo de vuestros apasionados amores...

ANT. Juro con toda mi dignidad, que no han manchado mi honor ileso... las apariencias, la desgracia, la maldicencia, podrán condenarme; pero yo puedo presentarme ante Dios con la conciencia tan pura, como ante mi venerable esposo.

VER. Lo creo, amiga mia... á pesar de esta conviccion, vuestro marido nunca lo sabrá...

(Luis sale de pronto de entre unos rosales.)

LUIS. Lo sabe, y te conoce, miserable.

ATN. Ah!

VER. Maldiccion!

FIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO.

Casa de don Luis: antesala con cuadros y muebles, puertas laterales.

ESCENA I.

Verner solo.

VER. Detestable ocurrencia! Sorprenderme don Luis en el momento crítico en que fascinaba el precioso corazón de su hermosa Antonia! Si al menos hubiera dado con un marido ilustrado...con un marido filósofo...con un marido de la época, nada se habría perdido. Hubiera tomado mi seducción como una galantería, y hubieramos brindado por el progreso de las luces, que nos libra de celos y disgustos continuos. Ello es sin embargo de nuestra educación actual, que me acusa la conciencia de mi conducta: ello es que he concluido de llenar el pomo de tósigo, que debe apurar el honrado anciano, á quien solo he debido favores y aprecio... ¿qué digo? Al polo de nuestro afán...Oro...oro! ..Con él todos los placeres se consiguen, y hasta se muere con olor de santidad. Tengo marcados los instantes para liquidar las cuentas y dejar el empleo y el sitio.

ESCENA II.

Verner y Tomás.

TOM. Mi guapo amigo Verner ¿como tan solo?

- VER. Espero á don Luis, señor don Tomás.
- TOM. Haré á usted compañía hasta que venga. ¿Sabe usted para qué me quiere? me llama con tanta prontitud...
- VER. El negocio es urgentísimo sin duda.
- TOM. Luego usted sabe?...
- VER. Demasiado.
- TOM. Tengo ansiedad...
- VER. Y no sin fundamento: como que se encuentra usted al borde de un abismo, del que yo solo puedo librarle.
- TOM. Me sorprende usted extraordinariamente: usted no ignora cuanto le aprecio la revelacion que va usted á hacerme: sabré estimarla en todo su valor.
- VER. Me ofrece usted, bajo su palabra de honor, proteccion siempre que se la reclame?
- TOM. Cuente usted con ella, y bien decidida.
- VER. Me asegura usted profundo silencio por ahora á lo que voy á manifestarle?
- TOM. Hable usted, soy bastante formal para darle mas seguridades.
- VER. (*Bajo.*) La casa de don Luis está en quiebra.
- TOM. ¿Qué dice usted...? no puede ser.
- VER. Sin esperanzas remotas de salvarse. La casa de Marban en Francia, en donde tenia todo su capital, acaba de morir entre la revolucion. Don Luis llama á usted para exigirle una considerable cantidad, por la que detendrá por algun tiempo la noticia de su desbanco; pero no su ruina.
- TOM. Ah! Verner... es usted todo un hombre delicado: todo un amigo mio... cuente usted siempre con mi apoyo, y con cuanto necesite. Abusar don Luis de mi buena fé! Mis ahorros, productos de insomnios y afares constantes, perderse en un dia! Me ha salvado usted, Verner... Dios le bendiga... Vea usted en que puedo yo servirle.
- VER. Hoy dejo el destino... deseo que los embrollos consiguientes á una quiebra, no mancillen la reputacion del cajero Verner.
- TOM. Mi casa y mi oficina esperan á usted siempre. Me alejo, amigo mio, por que me seria insufrible la presencia de don Luis en este instante. Hablaremos despues.
- VER. Silencio, señor don Tomás. (*Se va don Tomás.*)

ESCENA III.

Verner solo.

VER. Qué dispongo yo? La conferencia con don Tomás tiene su plan, y dará resultado; ¿pero basta?... no ¿qué hacer, pues? Sustraer con agudeza alguna cantidad sin que puedan acusarme? y esto asegura mi porvenir, llena mi ambición? ¿podrá enjugar el lloro de la preciosa Antonia á quien espero ver pronto en el catálogo de las viudas?... No por Cristo: una vez en el escabel que me presenta la ocasion... (*Pensando.*) Cometer yo semejante infamia! tener que huir de mi patria perseguido y despreciado!... Verner jamás será tan perverso.

ESCENA IV.

Verner y Eduardo.

EDU. Señor Verner... parece que le dura á usted el dulce alegargamiento del jardín, por que no le veo con ganas de ir al despacho.

VER. Te equivocas, Eduardo, tengo mas que nunca deseos de trabajar.

EDU. ¿Formo el estado de crédito á favor de la casa?

VER. Espera aquí... vendrá don Luis y se lo preguntas... ó... escucha: avisame cuando llegue: en el despacho estoy.

EDU. Será usted muy servido, señor Verner.

ESCENA V.

Eduardo solo.

EDU. Pues señor, estoy bien acompañado! La soledad para los quince años, es la tumba de la alegría, de las ilusiones. Movimiento, bulla, versos, rom, baile, amor... he aquí nuestro patrimonio intelectual. ¿Que bueno seria yo para solitario anacoreta! no puedo estar un instante sin charlar, sin hacer algo... la vida la tengo dando brincos. Si apareciera ahora la ninfa del jardín, la encantadora Antonita! Pediria á Erato su lira para adormecerla con melifluos versos; Casada

con un viejo! la vida, la gracia, la donosura, la belleza, en fusión con la decrepitud, el respeto, la inercia y la muerte! profanación! Cubrir con manto de hielo la mas delicada y tierna flor... que yo metiera en mi corazon de fuego y palpitaria con su aroma! Centellas de indignacion he de lanzar en una oda contra Venus por su crueldad... Veamos estos cuadros (*Solfea reparándolos.*) do... re... mi... fa... sol... Este es un literato...buena carrera en España! Malditos sean los libros y los tinteros... Estoy por las piernas de las hijas de Tersicore, y por los cuernos de los toros: este es el emblema del gusto. Oro, amor, gloria, ¿donde pudierais lucir mejor que en las torneadas y lascivas piernas de las bailarinas, ó en el asta de las fieras? Poco me falta para seguir esta carrera... (*Canta.*)

Todo en el mundo
tiene sus quiebras...

ESCENA VI.

Eduardo y don Luis que entra al segundo verso.

- Luis.** Que palabra acabas de pronunciar, Eduardo? porqué has hecho sonar esa palabra en mi casa?
- Edu.** Señor, estaba pensando en el baile, en los destinos de los hombres, y con filosofia juvenil cantaba que todo tiene sus quiebras; por consiguiente que aunque la danza las tuviese, al fin se recibian en una vida de placer, de ilusiones, de coronas...
- Luis.** Con tan poco juicio como bello corazon! Dios te detenga siempre en tus risueños años.
- Edu.** Y cuando sea anciano que me parezca á usted: mi existencia seria poética... su oriente y su ocaso brillarian sin igual... Despertar de los plácidos delirios de la juventud para alcanzar las dulces satisfacciones que disfruta el alma generosa de usted... esto es soberbio, celestial.
- Luis.** Sé que me tienes cariño, Eduardo...
- Edu.** Voy á dar á usted una prueba demostrativa, concluyente: huyo de los viejos como los niños de las fantasmas, y jamás me canso de estar allado de usted. Es usted un anciano excepcional.
- Luis.** Pobre Eduardo! si un dia la suerte me hiciera desgraciado

que sensible me sería no poder hacer nada en tu bien! no quisiera verte separado de mí.

LUIS. Fácil sería eso! Al irse mi padre á la vida de los justos, el cielo me deparó en usted un bienhechor, un sábio maestro, otro padre en fin. Por la bondad del corazón de usted me educó y separó á mi pobre madre y hermana de la miseria: no hay día que no oremos por usted al Señor.

LUIS. Yo recompenso tu trabajo, hijo mio, no hago mas: me debes, si, un afecto paternal que cuida de ti en el mundo; pero si el infortunio...

EDU. No abrigue usted esa idea que me aflige en demasía. Si un contratiempo amargara los preciosos días de usted, aquí estoy yo... soy un hombre de provecho, un comerciante en ciernes, un genio para ahuyentar de su respetuosa frente el pesar. Jamás trabajaría con mas gusto en los malditos libros de caja (enemigos acérrimos de mis recreos) que cuando trabajara para usted... no hay que ocuparse de eso: la vida es alegre ó triste segun le da al hombre por dirigir sus pensamientos. Viva el buen humor.

LUIS. Nunca corrompan tu alma candorosa las pasiones. No olvides jamás mis consejos, Eduardo, y sinó eres dichoso entre los hombres, lo serás ante Dios.

EDU. Olvidarlos! cuándo son mi único patrimonio! Ahora germinando en mi pecho producen rosas, nardos, dalias... despues producirán ópimos frutos... pero yo charlo mas que veinte: estoy abusando de la paciencia de usted, y la adusta oficina me llama, para esto os esperaba ¿Formo hoy el estado de los créditos á favor de la casa?

LUIS. Me parece bien: quiero antes que pases casa de don Tomás Nicanor, y le digas en mi nombre que se digne venir lo mas pronto posible,

EDU. Voy con mi natural viveza á complacerlos.

ESCENA VII.

Don Luis solo.

LUIS. Oh! me abandonan las fuerzas. Ha sonado la hora de mi desventura, y una en pos de otra acabarán conmigo. Tambien Verner queria apartar de mi lado á mi jóven compañera, único bálsamo de mi tormento, mi único apoyo para descender al sepulcro con la bendición de Dios!... Oh! eres

muy inhumano, muy despiadado, Verner; déjame este amparo, deja que en mis últimos días enjague su tierna mano mis lágrimas, deja que reciba mi último suspiro, el último suspiro de un anciano que nunca te hizo mal. Señor! Señor! me sujetais á muy terribles pruebas ¿Qué hacer en las tristes circunstancias que me angustian? Iluminadme... llevadme á vuestro seno sin que mis lábios pronuncien... «estoy en quiebra» sin que el mundo me diga que estoy deshonrado. *(Queda aleatargado, la cabeza apoyada contra una mesa.)*

ESCEEA VIII.

Luis y Antonia.

- ANT. *(Entrando lo contempla.)* Oh! que veo! Yo he cubierto de dolor la serena frente de mi bienhechor... yo he llenado de veneno su noble y generoso corazón, ay!... se apiadará de la angustia que me ahoga... *(Se arrodilla al lado de su esposo y le besa la mano.)* Perdon! perdon! y moriré tranquila.
- LUIS. ¿Quién?... Tu orando á mi lado? quien sinó tu pudiera rogar á Dios por este afligido anciano? qué consuelo me ha ofrecido tu oracion! Levántate; no te separes de mi: conforta mi pecho.
- ANT. No, no me levantaré de vuestras plantas hasta que las inunde con mi llanto y sea digna de vuestra compasion. No, no quiere la pobre huérfana dejar el mundo sin la bendicion de la mano cariñosa que la sacó del abandono y la miseria.
- LUIS. De qué puedo yo perdonarte, amiga mia? pura tu alma como la de un ángel ¿qué ha hecho mas que encantar-me con su ternura y cuidado? *(La levanta y la sienta á su lado.)*
- ANT. Qué benigno, qué sublime sois! cuanta ventura derrama vuestro acento! como aliviais mi pena! Es verdad, Dios sabe que nunca os he ofendido: pero yo que habia alcanzado en vos un amigo querido, un esposo adorado, un amante y benigno padre, no debiera jamás amargar una existencia tan sagrada para mí. No lo ha querido el cielo permitiendo á Verner...
- LUIS. No pronuncies ese nombre que exalta mi prudencia: olvidemos á ese hombre. Júzguelo Dios con mi perdon.

ANT. Pero yo debo justificarme á vuestros ojos de este acontecimiento que tanto ha herido mi decoro, y que tanto ha podido hacerme perder en vuestra estimacion: en vuestra estimacion que es mi felicidad, mi gloria en el mundo.

LUIS. ¿Puedo yo nunca sospechar de tu alma, querida Antonia?

ANT. Gracias, amigo mio. El Altísimo os pague el bien que me haceis. Habeis refrescado mi sangre, me devolveis la calma. Para completar vuestra obra, y asegurar mi tranquilidad, quiero que os digneis oirme. Lo que os tengo que decir me hace mucho daño, por que no os lo he dicho antes. En mi vida, que os he consagrado con la mas pura afecion, no debe haber un solo dia que no conozcais de ella...

LUIS. Si lo quereis, sea, mi cariñosa amiga. No te escucha un juez, es un amoroso padre.

ANT. Sé hasta donde llega la grandeza de vuestro sentimiento. Recordareis que al sacarme de mi infeliz estado, para elevarme á ser vuestra esposa, os quise contar mi vida.

LUIS. No me hables de eso, Antonia.

ANT. Tambien recuerdo vuestras celestiales palabras. «Si buscáis consuelo, me dijisteis, mi corazon te lo ofrece; si es un perdon, ya te lo he concedido.» Callé, di gracias á Dios, y logré vuestros dones. Las últimas palabras de Verner, que sonaron en vuestros oidos, pueden repetirse otra vez por la maledicencia y la infamia...

LUIS. Conozco todo tu honor, toda tu gratitud: tranquilízate.

ANT. Hija de un médico honrado, me eduqué con religiosidad y esmero en Sevilla. Tenia catorce años cuando mi virtuoso padre falleció, dejando á mi madre y á mi, por único consuelo en el mundo, lágrimas bien amargas: al año mi tierna madre sucumbió. ¡Padres de mi alma! Huérfana y desvalida vivia con el producto de mi trabajo, casa de una modesta y honrada familia. Allí, señor, me visitaba, y juraba amor eterno, uno de los jóvenes mas decentes de la ciudad. Inesperta, creí que la pureza de mis sentimientos, la candidez de mi alma, no podian ser desamparados. Correspondi con delirio á mi primer amor, y los dias de mi existencia pasaban llenándome de felicidad. Para dar mi amante valor á la pasion que me tenia, me aseguró que sus padres jamás consentirian en nuestro casamiento, que le obligaban á contraer matrimonio con una prima, y que el único medio de unirnos era salir de Sevilla, y en cualquier

pueblo recibir la bendición nupcial. Vinimos á esta corte, mi generoso protector: á los ocho días desapareció para siempre quizá, el hombre que tanto me quería, y por segunda vez quedé huérfana en el mundo, sin otro consuelo que el de Dios, á quien diriji mi acento para que custodiara pura mi alma, y no dejara perecer en la miseria mi cuerpo. Bien sabéis que me oyó con clemencia, pues me deparó á vos, bienhechor virtuosísimo. Verner que era empleado en la casa de mi amante, y que presenció nuestro amor, no conceptuó su pervertido corazón, que un joven rico y de gerarquía pudiese querer á una infeliz con un amor puro, y tomó sin duda este pretexto para manchar mi honor, que con el mas profundo respeto, gratitud y amor, os he consagrado para siempre.

LUIS. Las amarguras de tu juventud, redoblan el aprecio que te profesó. Siento, mi resignada Antonia, que tu ternura, tu abnegación por el pobre anciano, no puedan ser compensadas. Oh! la desgracia me horroriza por ti, mi dulce compañera.

ANT. Porqué me habláis de desgracia en este instante en que me haceis tan venturosa?

LUIS. Padezco, amiga del alma, padezco mucho. El infortunio se desploma sobre ti, que eres tan digna de ser feliz... Oh! tu no sabes lo que sufro... tengo un desvanecimiento... un estupor!...

ANT. Me aterran vuestras palabras! por piedad, decidme, decidme vuestros pesares.

LUIS. Debo decirtelos, tu sabes sufrir, sí... tu sabes consolar, y yo no puedo respirar sin consuelo.

ANT. Por compasión, acabad.

LUIS. Joven candorosa, sin conocimiento del mundo, ignoras el campo de las furiosas pasiones, en donde el hombre lucha para adquirir su bienestar. Reputación, felicidad, todo está sometido al azar de una circunstancia, sin que el alma mas noble y grande repare el infortunio, tal vez la afrenta. Yo, amiga mía, víctima del destino, hoy, por haber quebrado una casa en donde tenia mis capitales, me encuentro arruinado. Me van á deshonrar, Antonia mía...

ANT. Vos deshonrado?... nó, no puede ser ¡quién se atreveria á mancillar una conducta tan acrisolada como la vuestra? ¡Deshonrado! porqué, sinó habeis abrigado jamás una idea que no sea grande y generosa? quién se atreveria á escar-

necer vuestro nombre? que lo intente alguno! Miles de infelices, á los que habeis socorrido, cuyas lágrimas habeis enjugado como una providencia, se levantarán contra el calumniador y gritarán: «póstrate, infame, ante el virtuoso anciano que pertenece al cielo con su alma, y á la tierra para derramar beneficios...» Dejad, amigo, que os aflija la pobreza: donde quiera tendremos un pedazo de pan que será bendecido por nuestro cariño: os faltaba esta prueba para mostrar toda la elevacion de vuestra alma ¿pero deshonrado vos? ¿Os acusa por ventura el cielo, juez inexorable de los hombres? ¿Os acusa vuestra conciencia siempre adormida por vuestras acciones generosas?

Luis. Es verdad, yo no puedo ser deshonrado, por que no lo soy á los ojos de Dios, ni á los tuyos. Pagaré, me emplazaré!...

ESCENA VIII.

Dichos y Eduardo.

Edu. Señor!... Dispensadme... oh!... es un infame!... es peor que una hiena... estoy hecho un volcán... toda su sangre no es bastante para pagar su maldad...

Luis. Qué te agita, Eduardo?.. Serénate, dime...

Edu. ¿Y yo debo aflijir al mejor de todos los hombres? ¿pagar así sus beneficios ese monstruo! le buscaré, le haré arrojar su alma negra con el corazon... me sobra valor: el cielo me ordena quitar del mundo á ese malvado.

Ant. Eduardo! por Dios, no mas rodeos, habla... habla... nuestra alma sabe padecer...

Luis. Tiemblo... no será una sola mi desgracia: habla, Eduardo...

Edu. Señor... ¡y tengo yo que entristeceros! mejor hubiera querido que me hubieran muerto... y el cielo consiente seres tan degradados! Verner, señor, acaba de llevarse los fondos y billetes del arca... os ha robado...

Luis. { Ah!!!

Ant.

Luis. Compasion!...

Ant. Virgen santísima... dadnos auxilio!

Luis. Murió mi esperanza... ya no hay remedio! la afrenta! la

afrenta! se posa en mi cabeza y estrella mis sienes.... oh!
dónde me oculto?

Edu. La afrenta!... jamás. Verner! has llenado de amargura
la preciosa vida de tu bienhechor... bárbaro!... aunque te
oculte el infierno, yo te buscaré...

(Sale precipitado; don Luis y Antonia quedan abatidos.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.